

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

CRÍTICA

Michael Pettis, *The Great Rebalancing: Trade, Conflict, and the Perilous Road Ahead for the World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2013, 216 pp.

HUNG HO-FUNG

CHINA SE ESTANCA

Quizá fuera previsible que la fuerte recuperación inicial de China en la crisis financiera global serviría para afianzar la generalizada percepción de que la RPCh representa una alternativa y, según algunas interpretaciones, un modelo superior de desarrollo capitalista. Los desesperados ruegos de Hillary Clinton y Tim Geithner para que Pekín continuara comprando bonos del Tesoro estadounidenses inmediatamente después del colapso de 2008, parecían confirmar que China estaba desplazando realmente a Estados Unidos, el supuesto culpable de la crisis, y convirtiéndose en un nuevo centro de la economía global. Sin embargo, las celebraciones del ascenso de China a expensas de Estados Unidos también suscitaban respuestas más escépticas. El provocativo y fundamentado libro de Michael Pettis *The Great Rebalancing* ofrece una opinión más crítica. Sostiene que los países que tienen un persistente superávit comercial, como China, son por lo menos tan responsables de la crisis financiera global como los que tienen déficits, como Estados Unidos. Desde este punto de vista, el resultado de la crisis pondrá fin a los «milagros económicos» de los países con superávit y puede conducirles a las «japonesas» décadas perdidas. La única salida exigiría reequilibrar profundamente las economías de los países con superávit. Mi opinión es que del análisis del libro se podría deducir un tercer escenario, más allá de las alternativas de Pettis de una prolongada crisis en aumento, o de un suave y coordinado proceso de reequilibrio. Pero en primer lugar examinemos el relato de *The Great Rebalancing*.

Pettis es profesor de economía financiera en la Universidad de Pekín y un veterano de los tejemanejes de Wall Street especializado en «mercados emergentes», inicialmente en América Latina. Su primer libro, *The Volatility Machine: Emerging Economies and the Threat of Financial Collapse*, apareció en 2001 y desde entonces sus puntos de vista disidentes han alcanzado gran difusión por medio de su ampliamente citado blog, «China Financial Markets». Sacando diversas perspectivas teóricas de Keynes y, sorprendentemente, de Hobson, Lenin y David Harvey, *The Great Rebalancing* es una sistemática elaboración del diagnóstico de Pettis sobre los orígenes de la crisis financiera y sugerencias para su remedio. Considera que los desequilibrios globales del comercio y del flujo de capital que subyacen en la crisis son principalmente una consecuencia del modelo de crecimiento basado en la contención del consumo adoptado por los países con superávit, sobre todo por China y Alemania.

The Great Rebalancing establece los principios en juego, en forma de «identidades contables». Allí donde se contiene el consumo en relación con la producción, el resultado es un ascenso del ahorro. Si el ahorro doméstico excede la inversión doméstica, entonces en una economía abierta el ahorro excedente se dirigirá a otros países, en la forma de exportación de capital neto. La compra china de bonos del Tesoro estadounidenses y los préstamos de Alemania a España o Grecia son ejemplos de semejantes exportaciones. Igualmente, en un país que importa capital del extranjero, la inversión excederá al ahorro. Se deduce que la cantidad de capital neto que entre o salga será igual a la diferencia entre ahorro e inversión; la diferencia también será igual a la balanza comercial del país. (Formalmente expresado, si Y es el producto nacional, C es el consumo total, G es el gasto del gobierno, I es la inversión total, $(X-M)$ es la balanza comercial y S es el ahorro, entonces tenemos que $Y=C+G+I+(X-M)$, lo que lleva a $Y-C-G-I=S-I=(X-M)$, ya que por definición, $Y-C-G=S$.) Por ello, el superávit/déficit comercial de una economía será igual a la salida/entrada de capital neto en esa economía, que a su vez es igual a su ahorro menos su inversión. Ya que las economías abiertas están vinculadas entre sí por medio del comercio y la inversión, la exportación de capital y el superávit comercial originado por el subconsumo de un país debe equilibrarse con las importaciones de capital, el déficit comercial y el sobreconsumo de otro país. En otras palabras, los desequilibrios domésticos de socios comerciales se reflejarán mutuamente generando desequilibrios globales.

Examinando cómo han funcionado estos principios en el caso concreto del desequilibrio doméstico chino, Pettis, como muchos otros autores, encuentra que el modelo de crecimiento de la RPCh, basado en la contención del consumo, no es nuevo, sino una réplica ampliada del modelo japonés. Como enfatiza a lo largo de todo el libro, los niveles de consumo e índices de

ahorro de un país no tienen nada que ver con su cultura y las costumbres de su pueblo: el elevado ahorro y el bajo consumo de China son consecuencias de políticas concretas: contención de los salarios, una moneda subvalorada y contención financiera. Desde la década de 1990, el enorme suministro de mano de obra rural, cuyos derechos y acceso a servicios en el lugar de trabajo estaban negados por el sistema *hukou*, añadido a lo que Pettis describe como «sindicatos patrocinados por el gobierno que con más frecuencia ven las cosas desde el punto de vista del patrono más que de los obreros», aseguraba que los salarios crecieran mucho más despacio que la productividad, conteniendo así el crecimiento de los ingresos y el consumo de los obreros en relación con el aumento de la producción. Al mismo tiempo, el Banco Central chino intervino en el mercado de divisas para impedir que el yuan se revalorizara acompañando al crecimiento del superávit comercial. La moneda subvalorada beneficiaba a los exportadores, pero hacía que el consumo doméstico fuera más caro; por ello, la política ha actuado como un velado impuesto sobre los hogares que se transfiere a los exportadores. Los bajos tipos de interés establecidos por los bancos estatales tanto para depósitos como para préstamos han constituido también un impuesto oculto para los hogares: mientras que los depósitos ordinarios han tenido que aguantar tipos de interés reales exigüos o incluso negativos, las empresas estatales y los organismos gubernamentales podían endeudarse con unos tipos de interés regalados para alimentar las orgías de construcción inmobiliaria o infraestructural. Esto de nuevo equivale a un subsidio al sector estatal a cuenta de depósitos financieramente contenidos.

Este modelo de desarrollo produjo tasas de crecimiento milagrosas, mejorando rápidamente las infraestructuras y un sector manufacturero internacionalmente competitivo. Paradójicamente, aunque la tasa de crecimiento ha atraído una elevada inversión, la contención financiera que suponía también empuja al ahorro —en este caso, mayormente empresarial y gubernamental, en vez del ahorro de los hogares— hasta un nivel incluso mayor. Como tal, el ahorro excedente chino tiene que ser exportado al extranjero a cambio de la demanda externa de sus productos manufacturados. Habida cuenta del tamaño del mercado estadounidense y la elevada liquidez de los activos de Estados Unidos, especialmente de los valores del Tesoro, la mayor parte del ahorro excedente chino acaba dirigiéndose a Estados Unidos. Para Pettis, la compra china de activos en dólares es una política comercial «dirigida a generar superávits comerciales y elevar el empleo doméstico». Para la economía estadounidense, semejantes importaciones de capital a gran escala son «normalmente dañinas», ya que Estados Unidos «no tiene otra elección que responder a las crecientes entradas netas [de capital] con mayor inversión, mayor desempleo o mayor consumo». Con las entradas de capital empujando el dólar hacia arriba, abaratando las importaciones de productos

manufacturados y penalizando a los fabricantes estadounidenses, «había pocos incentivos para que las empresas estadounidenses se endeudaran y aumentaran la producción a escala doméstica». En vez de ello, las masivas entradas de capital alimentaron el aumento de la burbuja inmobiliaria y del consumo financieramente endeudado. Pettis concluye que la borrachera de consumo y el déficit comercial de Estados Unidos estaban causados por la excesiva inversión extranjera (china) en activos en dólares que «obligan a Estados Unidos a consumir por encima de sus posibilidades».

En su análisis de la crisis de la eurozona, Pettis encuentra que la relación entre Alemania, un país con superávit, y España y «otros países con déficit», evoca la que se produce entre China y Estados Unidos. En la década de 1990, la Alemania posterior a la reunificación puso en marcha «un cierto número de políticas, aprobadas por los sindicatos, las empresas y el gobierno, dirigidas a limitar los salarios y el consumo y aumentar la producción, para recuperar la competitividad y generar empleo». Estas políticas de contención del consumo funcionaron bien. Pero el ahorro excedente tiene que exportarse, a cambio de «importar» la demanda externa. En este caso, el contexto incluía el lanzamiento del euro y el aumento de la integración europea. El capital alemán se exportó a la Europa periférica, principalmente en la forma de préstamos bancarios, pero sus efectos dañinos recordaban a las exportaciones chinas de capital a Estados Unidos en la forma de compra de bonos del Tesoro. Tomando a España como ejemplo, Pettis sostiene que las políticas anticonsumo alemanas eliminaron la rentabilidad de la producción manufacturera española y desanimaron la inversión privada en el sector de bienes comerciales, mientras que, al mismo tiempo, el ahorro alemán excedente estaba siendo exportado a España a escala masiva. El resultado fue la expansión en España de una gigantesca burbuja inmobiliaria.

Pettis nos recuerda que los desequilibrios globales causados por países con subconsumo que exportan excedentes de capital a otras economías no son una novedad en el desarrollo del capitalismo. Recurriendo a ideas de Hobson y Lenin, señala que, a finales del siglo XIX y principios del XX, el subconsumo en las economías industrializadas —donde la demanda de los obreros estaba contenida porque la riqueza y los ingresos se concentraban en las manos de los ricos— creó presiones sobre esos países para que exportaran capital a sus colonias formales o informales, que a su vez empezaron a tener déficits comerciales y a quedar endeudadas con los países colonizadores. La principal diferencia entre entonces y ahora es que, a comienzos de la década de 1900, los colonizadores que exportaban capital «gestionaban las economías coloniales y sus sistemas fiscales, y así podían asegurarse de que todas las deudas fueran saldadas». Por ello, los desequilibrios globales podían durar más en la era del imperialismo, ya que «podían persistir

grandes desequilibrios por cuenta corriente en tanto que la colonia tuviera activos que comerciar [o que ser expropiados]».

Lo que Pettis no menciona es que hace un siglo, cuando los colonizados importadores de capital eran invariablemente economías subdesarrolladas, el capital importado se dirigió mayoritariamente a industrias extractivas en vez de a los mercados financieros. Esta clase de inversión no generaba la clase de volatilidad que conlleva la inversión financiera en los actuales países deficitarios. Por otra parte, esta forma de exportación de capital sumamente territorial llevó a los poderes imperiales a competir agresivamente por otras posesiones coloniales, intensificando la rivalidad interimperial y desencadenando la Primera Guerra Mundial. Los actuales exportadores de capital, como China y Alemania, no disfrutaban de esa clase de control colonial sobre los importadores de su capital, como Estados Unidos y España, y gran parte de ese capital se dirige a actividades financieras e inmobiliarias. Los desequilibrios en estas condiciones son menos sostenibles. Una vez que estalla la burbuja, o que desaparece la capacidad de endeudamiento en los cada vez más endeudados países con déficit, el consumo en ellos colapsará. Esto es lo que ha estado pasando en Estados Unidos, Grecia y España desde 2008. Cuando sucede esto, los países con déficits comerciales se ven obligados a sufrir un doloroso reequilibrio que puede alcanzarse mediante aumentos de impuestos sobre los ricos y/o políticas que limitan el consumo y favorecen el ahorro. Sin embargo, estos esfuerzos por alcanzar el equilibrio serán inútiles si los países con superávit continúan conteniendo el consumo, el ahorro de superávits de exportaciones y mantienen un superávit comercial con los países deficitarios.

Es materialmente imposible para Estados Unidos y para la Europa periférica alcanzar excedentes comerciales y contener el consumo si ningún otro país está reduciendo sus excedentes y favoreciendo el consumo. En la economía global, el excedente de uno debe ir acompañado del déficit de otro. Un auténtico reequilibrio de la economía global solo es posible cuando los países deficitarios y los países con superávit reequilibran sus economías domésticas simultáneamente por medio de políticas contrapuestas. Las políticas de Estados Unidos y España para limitar el consumo y favorecer el ahorro tienen que ir acompañadas por políticas en China y Alemania que favorezcan el consumo, reduzcan el ahorro e inviertan el sentido de su balanza comercial. Pettis sugiere que Alemania debería recortar los impuestos y aumentar el gasto público para desinflar sus ahorros y moverse hacia un déficit comercial, generando una demanda para el sector de bienes comerciales en España y Grecia. En ese caso, las políticas de reequilibrio de estos países, que limitan el consumo y la inversión, producirían la disminución del desempleo. Si Alemania es reacia a reequilibrarse, entonces los ajustes en España y Grecia pueden ser tan dolorosos que se verán

obligados al impago de la deuda o a devaluar su moneda abandonando el euro. Igualmente, para que el reequilibrio estadounidense sea eficaz, tiene que ir acompañado por el cambio de China en la dirección contraria. La RPCh necesita favorecer el consumo doméstico y reducir su ahorro. Ya que el subconsumo chino se puede atribuir principalmente a que se exprimen los ingresos de los hogares para subvencionar a los exportadores de manufacturas y al sector estatal, favorecer el consumo tendrá que suponer una «lucha distributiva» a favor de los hogares.

Pettis sostiene que el reequilibrio chino no solo es crucial para el reequilibrio de Estados Unidos y de la economía global. También es esencial para prevenir una serie de crisis económicas dentro de la propia RPCh. Los dos motores del milagro chino –inversión y exportaciones– están empezando a desmoronarse. La infraestructura china se está volviendo excesiva en relación a su etapa de desarrollo, y los retornos decrecientes sobre infraestructuras de reciente construcción están agotando la capacidad prestamista del sector estatal, que ya está sobrecargada por préstamos anteriores. Mientras tanto, el consumo en Estados Unidos está decayendo y aumenta la consiguiente presión política sobre Pekín para que reduzca su superávit comercial. Con los motores de la inversión y de la inversión fallando al mismo tiempo, el aumento de los ingresos y del consumo de los hogares chinos se vuelve aún más importante.

The Great Rebalancing debe apreciarse por su claridad y concisión. Lanza un convincente desafío a la moral mayoritaria sobre los orígenes de la crisis global, demostrando que los desequilibrios globales que la cimentan se desplegaron mediante un proceso de desarrollo capitalista desigual y combinado en el que Estados Unidos, China, Alemania y la Europa periférica son las partes intervincladas. A pesar de estos méritos, el análisis tiene dos grandes lagunas. La primera se centra en el origen de los propios desequilibrios. Si las entradas de capital desde países con superávits son tan dañinas para los países deficitarios porque alimentan burbujas financieras e inmobiliarias, ¿entonces por qué estos últimos siguen permitiendo la entrada de capital excedente? ¿Realmente los países deficitarios no tienen otra elección que aceptar pasivamente lo que los países con superávits les exporten a ellos?

Se puede recordar que todo el edificio del argumento de Pettis está levantado sobre la identidad contable de que el superávit comercial de un país iguala a su exportación neta de capital, así como a su ahorro menos su inversión; sin embargo, como él declara, esta premisa solo se aplica a una «economía» abierta. Se deduce que el análisis de los desequilibrios contrapuestos entre países con déficits y con superávits no sería válido si no hubiera sido por la culminación de la integración del mercado global, esto es, por la retirada de numerosos controles nacionales. Semejante integración está lejos del estado natural del capitalismo global. Es el resultado del

proyecto neoliberal que Reagan y Thatcher empezaron en la década de 1980 como remedio para la crisis de la caída de las tasas de beneficio en todos los países capitalistas avanzados en la década de 1970. La creación de la OMC en 1994, el acceso de China a ella en 2001 y el lanzamiento del euro en 2002, profundizando la integración del mercado europeo, son grandes hitos de este proyecto. El ascenso de un mercado global integrado hace que el flujo de bienes y dinero sea factible a una escala mucho mayor. La desregulación de los mercados financieros en Estados Unidos y Europa ayudó a preparar a estos países para la masiva absorción de capital extranjero como combustible para actividades especulativas. Considerándolo bajo esta óptica, aunque el elevado ahorro y el modelo de crecimiento orientado a la exportación de los países con superávits es directamente responsable de los desequilibrios en los países deficitarios y del desequilibrio global en general, fue el giro neoliberal de Estados Unidos y Europa en la década de 1980 el que estableció el escenario, permitiendo que funcionaran semejantes modelos de crecimiento.

La segunda laguna se refiere a los resultados potenciales de la actual crisis global, que para Pettis suponen o bien el prolongado estancamiento y «décadas perdidas» o el reequilibrio coordinado. Pettis tiene razón al afirmar que el reequilibrio dentro de China, el país con mayor superávit del mundo en la actualidad, sería muy difícil, habida cuenta de la tenaz resistencia de la elite burocrática capitalista, que son los mayores beneficiarios del actual modelo. Lo que está por ver es si China, enfrentada a los límites de su modelo de exportar capital excedente a Estados Unidos, pero resistiéndose al reequilibrio, pueda elegir cambiar a una estrategia de exportación de capital más «clásica», es decir, a exportar capital a países en vías de desarrollo e invertir allí principalmente en industrias extractivas e infraestructuras. Aunque por ahora el volumen de la inversión extranjera directa de China supone menos del 30 por 100 de su inversión en bonos del Tesoro estadounidenses (o del 10 por 100 si excluimos los flujos hacia Hong Kong), según el Ministerio de Comercio de la RPCh entre 2002 y 2010, aumentó espectacularmente, de 29,9 a 317 millardos de dólares, o 118 millardos si excluimos a Hong Kong. La inversión extranjera directa de China comprende una gran cantidad en minería e infraestructuras en el Sur global. Los receptores de capital chino –y de otros países emergentes con superávits, como Brasil y Sudáfrica– también constituyen mercados en expansión para las exportaciones chinas de productos manufacturados. La cada vez más dinámica expansión económica china en el mundo en vías de desarrollo, en África especialmente, ha provocado acalorados debates. Por ejemplo, en las vísperas de la Cumbre de Durban de los BRICS (Brasil, India, Rusia, China y Sudáfrica), en marzo de 2013, Lamido Sanusi,

gobernador del Banco Central de Nigeria, escribió en el *Financial Times* que China es simplemente otra potencia colonial en África.

Sin lugar a dudas, las relaciones de China con los otros países en vías de desarrollo que absorben sus exportaciones de capital y de bienes manufacturados están lejos del clásico modelo colonial de principios del siglo XX. China hasta ahora ha carecido de la voluntad y del poder para imponer su influencia política y militar sobre los destinos de sus exportaciones de capital. Pero esto parece estar empezando a cambiar, como muestra el último Libro Blanco de la Defensa Nacional, «La utilización diversificada de las Fuerzas Armadas de China», donde explícitamente se declara que proteger los intereses económicos en el exterior ahora es un objetivo central del ELP:

Con la gradual integración de la economía china en el sistema económico mundial, los intereses en el exterior se han convertido en un componente integral de los intereses nacionales chinos. Los temas de seguridad son cada vez más importantes y abarcan la energía y los recursos en el exterior, las líneas de comunicación marítimas estratégicas y a los ciudadanos chinos o personas jurídicas del país en el exterior.

Si China consigue desarrollar su predominio geopolítico en determinadas partes del Sur global, entonces Pekín podría ser capaz de retrasar el reequilibrio y mantener su modelo de crecimiento de elevado ahorro y elevadas exportaciones, sustituyendo a Estados Unidos por el mundo en vías de desarrollo como el principal destino de su superávit de capital y exportaciones manufactureras. Desde luego, el ascenso de China como un nuevo poder imperial es algo incipiente. Los dos escenarios alternativo que contempla Pettis –un reequilibrio suave y coordinado de los países con superávit y con déficit o un largo y escabroso aterrizaje de China y Alemania, siguiendo los pasos de las décadas perdidas de Japón– son todavía mucho más verosímiles a corto plazo. En cualquier caso, la crisis global que comenzó en 2008 es un punto de inflexión en el desarrollo del capitalismo global. A largo plazo, el que conduzca a un orden económico mundial más equilibrado y sostenido, a una perpetua crisis global o a una renovada partición del mundo entre nuevas y viejas potencias imperiales es algo que está por ver.

